

## ***PENSAMIENTO Y POESÍA EN LA VIDA ESPAÑOLA***

La Casa de España en México, México, 1939; también en *Obras reunidas. Primera entrega*, Aguilar, Madrid, 1971; también en *Ediciones Endymion*, Madrid, 1987; y en *Biblioteca Nueva*, Madrid, 2004.

### **Mercedes Gómez Blesa**

Pensamiento y poesía en la vida española apareció por primera vez en septiembre de 1939, en el Fondo de Cultura Económica para "La Casa de España" en México, como recopilación de tres conferencias sobre la cultura española impartidas por Zambrano en el Palacio de Bellas Artes de esta ciudad durante los días 12, 14 y 16 de junio de 1939. Recordemos que Zambrano, activa colaboradora del bando republicano durante la Guerra Civil, había comenzado ese mismo año, ante la inevitable e inminente derrota de su bando, un largo exilio que la llevaría por diversos países de América Latina y Europa. Después de cruzar la frontera hispano-francesa a finales de enero de 1939, y tras una breve estancia en París, llega a México en marzo de ese mismo año, acompañada de su marido Alfonso Rodríguez Aldave, como invitada de la Casa de España.

A pesar de las diferencias entre el programa de las conferencias y la versión definitiva de *Pensamiento y poesía en la vida española*, el propósito zambraniano, en ambos casos, es el mismo, esto es, rastrear a lo largo de toda nuestra tradición literaria lo que la autora denomina las categorías de la vida española, aquellos sentimientos o pasiones inconscientes que subyacen inmutables a lo largo del tiempo en el pueblo español y que actúan de motores de su historia. No busca Zambrano un ideario abstracto que haya regido la actuación de los españoles, sino que busca la estructura de la vida íntima de las gentes de España, esa que perfila el verdadero carácter de un pueblo y que, indirectamente, va modelando su desarrollo histórico. Zambrano, en esta hermenéutica de la tradición literaria española, sale tras la pista de aquello que ella misma nombra como la historia esencial, fundamental de España, aquella que subyace a la Historia oficial, a la Historia entendida como compendio de hechos señalados. No le interesa hacer una Filosofía de la Historia, por tanto, que extraiga consecuencias a posteriori de los acontecimientos acaecidos, sino que pretende hallar al sujeto histórico que protagoniza tales actos, la psicología del personaje que hay detrás de la Historia. Quiere desentrañar a ese sujeto llamado "España" que actúa de agente de los hechos históricos; sacar a la luz sus entrañas, el intrincado y complejo latir del alma española. Zambrano además sostiene que son la novela y la poesía, más que cualquier tratado teórico o filosófico al uso, los lugares privilegiados en los que se muestra la auténtica concepción de la vida y el resorte íntimo del pueblo español. Zambrano, pues, como ha sabido ver A. Bundgaard en *Más allá de la filosofía*, parte de un concepto de nación, no como una entidad política e histórica, fundamentada en un contrato social, sino como un ente metafísico con una estructura ontológica propia que permanece incólume a lo largo de su historia y que se identifica con una unidad cultural que preside todas las manifestaciones artísticas, literarias e históricas del pueblo español. Este concepto de nación puede ser calificado de "nacionalismo cultural", siguiendo la terminología de Andrés de Blas Guerrero, en la medida en que no traza una imagen o visión objetiva de España, sino que se constituye, ante todo, en una hermenéutica subjetiva del "ser" español, en una particular interpretación de la manera de pensar, querer y sentir de la mayoría de los españoles a lo largo de su historia. Esta

interpretación ficcionaliza o inventa una identidad nacional que hace de España un país dotado con una serie de peculiaridades que lo diferencian de los demás países. Este concepto de nación como un "nacionalismo cultural" que sostiene Zambrano, de claro cuño romántico-alemán, deudor de Fichte, Hegel, y, sobre todo, de la definición del pueblo de Herder, constituye una clara herencia del nacionalismo cultural, de corte liberal, inventado por la generación finisecular, que, más tarde, adoptarían buena parte de los miembros de la generación del 14 y de la generación de Zambrano, conocida también como generación del 31, hasta llegar a convertirse en uno de los tópicos que han presidido la historiografía y la cultura española durante la primera mitad del siglo XX.

El planteamiento zambrano del problema de la identidad nacional está determinado por las circunstancias históricas de una crisis bifronte. En primer lugar, la derrota de la guerra civil y la desgarradora experiencia del exilio, que patentiza la definitiva crisis del proyecto republicano de una nueva España, alentado por la joven generación de Zambrano, hace que nuestra autora sienta, al igual que muchos de sus compañeros de exilio (Menéndez Pidal, Salvador de Madariaga, Ferrater Mora, José Gaos, Joaquín Xirau, Américo Castro, Sánchez Albornoz, Eduardo Nicol) la necesidad de volver a plantearse el destino de España para poder encontrar alguna explicación a este fracaso, y a la barbarie de la guerra. Ya en su obra anterior, *Los intelectuales en el drama de España* (1937), escrita en plena guerra civil -hecho que marca el tono exageradamente emotivo y dramático del texto-, la autora ya se había planteado el problema de España, cuestionando el papel de los intelectuales en la configuración de un nuevo modelo de nación. Ahora, perdida la guerra, y truncado definitivamente ese modelo, la autora necesita hacer, de nuevo, una inmersión en la vida española para hacer aflorar a la superficie el sentido agazapado del ser de España, su vocación profunda, esos motivos inconscientes de un pueblo que marcan el curso de los acontecimientos y pueden contribuir a aclarar y ordenar los últimos hechos históricos que, aparentemente, se muestran como irracionales e incomprensibles. La indagación psicológica en la íntima textura de la cultura española aparece, por tanto, no como un ejercicio ocioso, o un mero prurito intelectual, sino como una tarea terapéutica, que puede ayudar a superar el horror de la guerra al esclarecer algunas de sus causas, y, al mismo tiempo, como una tarea histórica que puede permitir una posible reconciliación con el pasado, ahuyentadora del peligro de un estancamiento histórico, y abrir la posibilidad de una continuidad histórica que lance a España hacia el porvenir. De hecho, considera que únicamente el conocimiento del pasado, y no su ignorancia, es lo que verdaderamente deshace los nudos trágicos de la historia y despeja el camino a una cierta esperanza en el futuro. Esta hermenéutica sobre la tradición cultural española constituye uno de los ejes fundamentales de reflexión de toda su producción ensayística. Así, a los dos títulos citados, *Los intelectuales en el drama de España* (1937) y *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939), habría que sumar los siguientes: *Unamuno* (2003), *El pensamiento vivo de Séneca* (1944), *La España de Galdós* (1960), *España, sueño y verdad* (1965) y *Algunos lugares de la pintura* (1989). Además, habría que añadir los numerosos ensayos breves y artículos sobre otros pensadores españoles, como Ortega y Gasset (todavía sin recopilar), y numerosos poetas (Machado, Cernuda, Alberti, Emilio Prados, Lorca, etc.).

En segundo lugar, la otra crisis que actúa de fuerza motriz en la tarea hermenéutica de Zambrano es la crisis europea de la razón sistemática, crisis que, como tendremos ocasión de analizar a continuación, cree, ingenuamente, poderla superar a través del modo de conocimiento específico del pensamiento español, modo que la autora

denomina como conocimiento poético y que se engloba bajo el epígrafe común de realismo español.

### **El realismo materialista español: El conocimiento poético**

En este repaso zambraniano por el pasado literario español con el fin de desentrañar las categorías de la vida española, la autora comienza perfilando la naturaleza y los contornos propios del pensamiento español, y señala, en primer lugar, su falta de sintonía con el resto del pensamiento europeo. En España, el pensamiento no ha seguido un curso paralelo al de Europa, sino que ha permanecido ensimismado y ajeno a las principales corrientes intelectuales europeas. Los motivos que Zambrano alude para explicar esta falta de sincronía son dos: primero, la ausencia de grandes sistemas filosóficos como los habidos en la cultura europea; y, segundo, la decadencia que se produce en todos los órdenes de la vida española con la llegada de la época moderna, decadencia un tanto paradójica, pues fue España la que verdaderamente preparó y allanó el camino para el advenimiento de la Modernidad, con dos grandes "hazañas": la creación e invención del primer Estado Moderno, con los Reyes Católicos, y la ampliación del horizonte del mundo conocido, con el descubrimiento de América. Será Europa, sin embargo, la que sacará, según Zambrano, provecho de estas dos obras eminentemente españolas, quedando, en cambio, España descolgada de la Modernidad, sin saborear los frutos de su propia cosecha. Esta segunda razón sirve para justificar la primera: el asistematismo del pensamiento español se debe a este descuelgue de la Modernidad, en la medida en que el sistema se convierte en la forma propia de la filosofía que se inaugura en la Época Moderna. Zambrano insiste en que no ha sido una de las virtudes españolas, precisamente, la de hacer grandes construcciones conceptuales. La filosofía en España ha rehuido siempre la unidad y el absolutismo del sistema, desechando todo orden cerrado de razonamientos que pudieran convertirse en dogmas. El pensamiento español nunca ha sido dogmático ni absolutista; más bien podría atribuírsele un carácter desordenado y anárquico, por cuanto que se ha rebelado contra todo sometimiento a una estructura férrea de conceptos. No es, por tanto, su forma el sistema, sino otras formas más versátiles que Zambrano califica de "sacramentales", como son la novela y, sobre todo, la poesía. Este asistematismo y esta falta de método de nuestro pensamiento deben ser interpretados, según Zambrano, como síntomas de un peculiar modo de entender la vida, propio y genuino del pueblo español, englobado bajo el calificativo genérico de realismo español. El carácter anárquico del pensamiento español encuentra, por tanto, su última explicación dentro de esta Weltanschauung, de esta concepción de la vida que supone el llamado realismo español. Es decir, no es posible entender la verdadera naturaleza de nuestro pensamiento sin encuadrarlo dentro de la concepción vital de la que surge. De ahí la importancia de abordar el tema del realismo español para descubrir esa cosmovisión que subyace a todo producto de la cultura española. Pero, antes de adentrarnos en el análisis de las características que Zambrano atribuye a este realismo, hemos de dejar anotado que en esta reflexión zambraniana sobre el realismo está actuando, como motivo de fondo, una clara crítica y contraposición al Idealismo filosófico. Es más, los rasgos con los que la autora define el realismo -como veremos más adelante- aparecen por negación de las notas distintivas de la filosofía idealista. Esta contraposición llega hasta tal punto que Zambrano acaba definiendo al realismo español como lo otro del Idealismo, como lo otro del sistema. En tanto el realismo es considerado como "lo otro de la teoría", "lo otro del sistema", no puede definirse de un modo riguroso, no puede exponerse sistemáticamente, pues intentar

hacerlo supondría violentar la naturaleza propia de aquello que se pretende definir, fracasando, por tanto, en su aprehensión. Ante esta ateoricidad del realismo sólo queda la posibilidad, según Zambrano, de "evocarlo", esto es, de indicar de un modo intuitivo, sin atender a razonamientos fundados, algunos rasgos de esta cosmovisión que atraviesa toda la cultura española como su seña de identidad. Nos vamos a encontrar, pues, en esta reflexión zambraniana sobre el realismo español, con meros atisbos de lo que ella intuye, de un modo totalmente subjetivo, como rasgos sintomáticos del alma hispana. Pero, ¿en qué consiste esta forma de conocimiento típicamente hispana? ¿Qué notas distinguirían el modo de conocimiento peculiar del realismo español de cualquier otra forma de conocimiento? Zambrano en su ensayo deja apuntadas, al menos, cinco notas, que podemos resumir del siguiente modo:

- 1.- "Predominio de lo espontáneo, de lo inmediato". En un tono exaltado y eminentemente emotivo, la autora nos presenta una imagen bastante idealizada de la psicología del pueblo español, señalando como uno de sus principales rasgos una exultante fuerza vital, difícilmente extingible. Este vitalismo español aparece simbolizado, según Zambrano, en la figura del desarrapado de las pinturas de Goya, sobre todo en aquel hombre de la camisa blanca que se enfrenta a la muerte en el cuadro Los Fusilamientos de la Moncloa. El gesto gallardo y valiente de este hombre de camisa desgarrada ante su momento final es representativo de este carácter vitalista de nuestro pueblo, un pueblo dotado de un gran ímpetu vital ("rebotante de sangre"), tanto "que parece imposible que la muerte cuaje aquel caudal arrollador de sangre y enfríe tan ardiente fuego como se aprieta en él, concentrado". El verdadero español es un hombre íntegro en cuanto que, pletórico de vida, "a nada ha renunciado, de nada se ha desprendido" y, además, es virginal, pues, a pesar de ser inmensamente vitalista, "la vida ha sido tan inmediatamente consumida que ninguna huella ha dejado; ningún residuo muerto. Ni experiencia, ni memoria". Su integridad, por tanto, se manifiesta en esa inocencia ante la vida que renueva siempre el asombro o la sorpresa ante los ínfimos detalles de lo real y, también, en su imperturbabilidad, pues no se deja transformar por influencias externas. Asegura Zambrano que el español es un hombre hecho de una vez, un hombre al que no se le puede cambiar tan fácilmente su contextura íntima y que "sabe ya todo lo que puede saber y ninguna ciencia puede modificarle". Continuando con este tono emocionalmente exaltado y misticador, la autora señala que estos dos caracteres psicológicos, la integridad y la virginidad o inocencia, están presentes en el interior de todo auténtico español: "En la intimidad de todo español de veras, por muy alta que sea su representación espiritual, alienta siempre este desarrapado, esta criatura arisca y desgarradora, y a poco que acerquemos nuestro oído a su pecho oiremos su respiración poderosa".
- 2.- Asimiento y apego amoroso al mundo. El realismo español supone, para Zambrano, una forma de conocimiento que conlleva un estar enamorado del mundo, apegado a él, a sus más diminutos detalles, sin querer prescindir de ninguno de ellos. Supone "una manera de mirar al mundo admirándose sin pretender reducirle en nada". El español es realista en este sentido fuerte del término: ama la realidad y no desea desligarse de ella, sino vivir encadenado con placer a ella. La esclavitud del enamorado, en este caso, de lo real, es una esclavitud aceptada con gusto, exenta de toda experiencia dolorosa. Ni el místico, dado siempre a una elevación a las alturas, quiere en España alejarse del mundo. La mística española se diferencia del resto de la mística europea en este arraigo en la carne del mundo, como podemos constatar en la celebración de las criaturas que lleva a cabo San Juan de la Cruz o en la exaltación misericordiosa de la materia de las cosas de Santa Teresa de Jesús. En cambio, "el místico norteño -apunta Zambrano- es un hombre solo, que en su absoluta soledad no es ni padre ni hijo, ni tal vez hermano,

está más cerca de la angustiosa filosofía idealista que tiene en ellos con toda seguridad su raíz". Este apego a la materia que descubre Zambrano en el pueblo hispano dio pie a calificar de materialista a la metafísica que sustenta a este realismo español, aunque hay que advertir que el "materialismo" zambrano nada tiene que ver con el materialismo filosófico europeo (Feuerbach, Marx, Engels), sino que con este término alude, más bien, a una forma de abstracción, fundamentada en un extremismo no de carácter teórico, sino material, es decir, en un excesivo apego a la materia: "Es la consagración de la materia, su exaltación, su apoteosis; es un fanatismo de lo material, de lo táctil y de lo visual". La materia, además, es concebida por la autora como dotada de una energía creadora, que le otorga un carácter sagrado. Ante tal materia no cabe una mera contemplación pasiva, sino que el sujeto que la percibe se implica y participa en ella, protagonizando una extraña comunión.

3.- Saber popular, totalmente asistemático. El español al no querer desprenderse del mundo, guiado por su amor a las cosas, se niega, en consecuencia, a realizar cualquier ejercicio de abstracción y teorización que devenga en un sistema dogmático. El conocimiento que ofrece el realismo es, por tanto, un conocimiento que prescinde de toda forma sistemática y de toda jerga filosófica, para mostrarse en un lenguaje llano y sencillo totalmente asequible al español medio. Rehuye, por tanto, todo academicismo, y denigra el uso de tecnicismos que hagan de un texto algo enrevesado y de difícil acceso para la mayoría. Se trata, como vemos, de un saber nada elitista sino eminentemente popular, un saber dirigido al pueblo y no reservado solamente a mentes privilegiadas. Todos los pensadores españoles, aun los más embebidos en problemáticas abstractas, han sido poco sistemáticos, adoptando en la exposición de su filosofía géneros más libres y flexibles, como son el ensayo, la novela y, muy especialmente, la poesía. Esta última constituye, según la autora, el verdadero género que atesora en su seno toda la sabiduría española: "lo que a todos los españoles nos ha pasado en comunidad de destino, aparece como en ninguna parte en la voz de la poesía". La verdad en España no se revela a través de principios abstractos ni de grandes fundamentaciones metafísicas, sino de un modo mucho más directo, a través de imágenes y metáforas cargadas de emotividad que distan de los fríos análisis conceptuales de los racionalistas europeos. La verdad en España se revela "no por la pura razón, sino por la razón poética". De ahí que califique la autora como "conocimiento poético" al modo propio de conocer del realismo español. Zambrano expone, curiosamente, el ejemplo de Ortega y Gasset y sus Meditaciones del Quijote como modelo o prototipo de pensador español, apuntando que, a pesar de haberse sentido atraído por el estudio de la problemática de la filosofía alemana -cosa bastante extraña en un nativo de la Península-, caracterizada por su aridez y su complejidad teórica, supo exponerla al público español de una manera clara y sencilla, evitando en su discurso el empleo de términos abstrusos que dificultaran su comprensión a una mente mínimamente despierta e interesada en el asunto. Recordemos, en este sentido, las tan citadas palabras de Ortega: "la claridad es la cortesía del filósofo". Por lo tanto, en el caso de Ortega, según Zambrano, podemos decir que el estudio de la filosofía europea no logró asfixiar al español que llevaba encerrado en su interior. Por el contrario, fiel a la tradición asistemática del pensamiento hispano, nunca se valió del sistema en la exposición de su filosofía. Por último, apunta Zambrano que la intelectualidad española ha mantenido desde antiguo unos estrechos lazos con la sabiduría popular, pues siempre ha existido una extraña, por inusual, complicidad entre el pueblo y el hombre culto. Quien se aleja de este maridaje con lo popular se convierte en minoría y suele caer en una postura escéptica: "En España, perder la comunidad con el pueblo conduce tan sólo a desviar la ruta o a estancarse en el escepticismo".

Este concepto de cultura popular distancia a Zambrano de su maestro Ortega, partidario del cultivo de una élite intelectual, directora de las masas.

4.- Actitud poética ante la realidad. El asistematismo y la no intervención de la violencia en el pensamiento español marcan su verdadera naturaleza como un conocimiento que adopta una postura cercana a la del poeta en su contemplación y trato con lo real. De ahí que Zambrano califique este realismo español como un conocimiento poético. Recordemos que, para la autora, la figura del poeta representa no sólo a un literato que cultiva el género poético, sino que tiene una significación mucho más amplia, hasta llegar a designar todo un modo de tratar con lo real, un modo de estar en el mundo y, por tanto, de concebir la existencia. La figura del poeta sería la de aquel hombre que, enamorado de la vida, vive apegado a la multiplicidad cambiante de lo real, sin pretender reducirla en nada. Su disposición interior frente a la realidad sería de una absoluta apertura, dejando que lo exterior le invada hasta hacerse morada de todo cuanto habita a su alrededor. Zambrano ejemplifica esta figura con la de los yoguis de la India que, concentrados en la meditación, permanecían largas horas sin moverse, asemejando la quietud de los árboles, hasta que los pájaros acababan por hacer sus nidos en ellos. Estos hombres-árboles simbolizan como ningún otro esta actitud de absoluta entrega del poeta, de total vaciamiento interior para dar cabida a todo cuanto palpita: "con los brazos abiertos ante la creación -nos dice Zambrano- el poeta se abre a todas las cosas, se ofrece íntegramente sin ofrecer resistencia a nada, quedándose vacío y quieto para que todas las criaturas aniden en él". El conocimiento poético que caracteriza al realismo español no llega a adoptar esta actitud extrema de absoluta entrega ni de despojamiento interior propia del poeta, pues se conserva una cierta conciencia de la propia identidad que hace posible la expresión misma de dicho conocimiento. El hombre cuyo interior está habitado por lo que le rodea, dejando él mismo de existir para que existan las cosas en él, no guarda la suficiente distancia para poder hablar de las mismas. Toda expresión requiere un cierto grado de violencia, de lejanía y distanciamiento respecto de aquello que pretendemos contar y, además, exige un cierto grado de afirmación del propio yo. Recuerda Zambrano que "la expresión nace en la queja, y la queja implica una cierta rebeldía, una independencia y una afirmación de existencia de quien se queja, que así se defiende y así se afirma". El yogui de la India, a pesar de ser el símbolo del poeta, por su excesivo asimiento a lo real no podría escribir poesía, no podría contar sus vivencias ni emociones. El conocimiento poético español, sin ser tan extremista como la actitud poética, sí conserva, en cambio, de la poesía ese afán no reduccionista o esa voluntad de no hacer abstracción de lo real, pues se trata de un conocimiento -como ya hemos señalado- apegado a lo concreto y atento a los más ínfimos detalles de lo real, rechazando así toda actitud impositiva que pretenda someter y reducir la realidad a una serie de principios abstractos, como ha hecho la filosofía desde sus inicios con Parménides hasta el Idealismo Moderno. La filosofía ha tendido siempre, por su propio propósito de desvelar el verdadero ser oculto tras las apariencias de las cosas, a llevar a cabo esta acción violenta que consiste en reducir lo real a los parámetros e intereses del sujeto del conocimiento. Pues bien, el conocimiento poético español estaría a mitad de camino de estas dos posturas ante lo real: la poética y la filosófica. De la filosofía conservaría ese distanciamiento preciso que hay que guardar con lo real para reflexionar sobre ello y poder, después, expresarlo, y de la poesía retomaría este amor a la realidad en toda su complejidad y multiplicidad, negándose a desprenderse del más mínimo detalle. El conocimiento poético es, ante todo, un conocimiento integrador que rehuye toda escisión o división de contrarios; es un conocimiento "en que ni se escinde la realidad, ni se escinde el hombre, ni se escinde la sociedad en minorías de selección y masa". A través de dicho conocimiento, el hombre

no pierde su originaria unidad con el universo, sino que potencia una actitud de comunión y participación con todo lo existente: "por el conocimiento poético el hombre no se separa jamás del universo y conservando intacta su intimidad, participa de todo, es miembro del universo, de la naturaleza y de lo humano y aun de lo que hay entre lo humano, y aun más allá de él". Por otra parte, este conocimiento no se adquiere a través de un esfuerzo intelectual, sino por revelación, es decir, se ofrece solamente a quien ha sabido crear en su interior una determinada actitud de apertura y acogida de todo lo real. La verdad de esta sabiduría de la vida contenida en el realismo español no es una verdad que se arranca a lo real de una manera violenta, sino que se muestra sin ser forzada a ello. Como ya señalamos en el anterior punto, la verdad, en la tradición española, no se revela nunca a través de la razón pura, sino a través de la razón poética: "Bien poco - comenta Zambrano- vale para el español aquello que sólo se debe al esfuerzo; es como un saber ilegítimo, un saber desgraciado en que se muestra más la presunción del hombre, su vanidad o su soberbia, que la verdad; un saber no deseable". Es preciso que el sujeto abandone toda actitud vanidosa e inquisitiva ante la realidad para que ésta nos muestre su auténtico ser, nos revele su verdad desnuda. En uno de sus fragmentos más citados -debido a que en él aparece definida la concepción zambraniana de la verdad como revelación-, la autora declara que "a quien renunció a toda vanidad y no se ahincó soberbiamente en llegar a poseer por la fuerza lo que es inagotable, la realidad le sale al encuentro y su verdad no será nunca verdad conquistada, verdad raptada, violada; no es alezeia, sino revelación graciosa y gratuita; razón poética". En el conocimiento poético como modo propio de conocimiento del realismo español, encontramos ya la primera intuición zambraniana de su razón poética, que no llegaría a tomar definitivamente cuerpo hasta la década de los 60. De ahí la importancia de una lectura detenida de Pensamiento y poesía en la vida española, pues dicha lectura nos revela que el proyecto raciopoético de Zambrano hay que contextualizarlo dentro de la hermenéutica zambraniana del problema de España, hermenéutica que le facilita las claves para la elaboración de un nuevo modelo de razón, superador de la crisis de la razón moderna.

5.- Asunción de la temporalidad de la existencia. El realismo supone "una manera de sentir la vida como bien fugitivo ante todo, como corriente de instantes que van hacia su fin", nos comenta Zambrano. La primera idea, por tanto, a la que conduce este sentimiento de la existencia como temporalidad, como transcurso del tiempo, es a la de la muerte como término. Ante esta certeza de la finitud de la existencia, la vida ha sido enfocada por el español de dos maneras bien distintas: bien aferrándose al instante huidizo y sacándole su máximo jugo, como ocurre en los ejemplos literarios de don Juan Tenorio y la figura del pícaro, bien dejando pasar los instantes, a la espera de reunirlos todos en un tiempo íntegro que los trascienda y unifique, que es la forma que tiene el místico de encarar la vida. En cualquier caso, el español siempre ha contado con el factor tiempo como condición fundamental de la existencia, a diferencia de todo el racionalismo europeo, que ha hecho abstracción absoluta de esta dimensión temporal de la vida. Esta sensibilidad española para el transcurrir del tiempo, tan bien sintetizada por Jorge Manrique en sus famosos versos -"Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar, / que es el morir"-, ha determinado una de las categorías principales de la vida española: la melancolía, melancolía por esos momentos idos que no retornarán jamás, por el tiempo perdido e irreversible. Como buen enamorado de la multiplicidad cambiante de lo real, el español siente nostalgia de todo aquello que el paso del tiempo devora y, por ello, desea la resurrección en la eternidad de todos esos instantes perdidos. De ahí ese sentimiento de pérdida y de derrota ante la vida que encontramos, a veces, en algunos de nuestros literatos por no poder apresar eternamente ese momento fugaz de

felicidad y de belleza. Pues el español, según Zambrano, cuenta este sentirse atraído por metas imposibles como uno de sus rasgos.

En este caso concreto, se trataría de lograr salvar al tiempo del propio transcurrir temporal, fin no sólo inalcanzable, sino contradictorio en sí mismo. En esta tradición cultural española, eminentemente vitalista, arraigada en el mundo y enemiga de toda abstracción teórica, encuentra Zambrano la semilla de un nuevo modo de conocimiento, el conocimiento poético, con un carácter integrador y participativo del hombre en el Cosmos, capaz de salvar al europeo de la triste fragmentación y atomización a la que ha llegado en la época contemporánea. Este conocimiento restaurador de la unidad humana, desaparecida en el momento presente, ha de surgir justamente de nuestra pobreza filosófica, de nuestro atraso cultural español. Con unas pesquisas muy parecidas a las sostenidas por Ganivet en *Idearium* español sobre la defensa de la "virginidad" del pueblo español respecto a las corrientes intelectuales europeas, Zambrano también ve en este modélico pueblo, que ha permanecido "virgen" frente a la modernidad europea, desoyendo los "cantos de sirena" del adelanto tecnológico y científico, el encargado de fecundar este nuevo modo de conocimiento, que cuenta, como su principal tarea, con salvar al hombre de su exilio cósmico y reintegrarlo, de nuevo, al Universo. Paradójicamente, España aparece como la salvadora de Europa, a pesar de haber sido con frecuencia tildada por los mismos europeos como una nación aislada culturalmente. Zambrano, con una actitud totalmente mistificadora y utópica, ve en el fracaso y atraso de España su mayor riqueza, un terreno en barbecho dispuesto a dar, en un futuro próximo, sus mejores frutos: la nueva cultura del hombre íntegro.